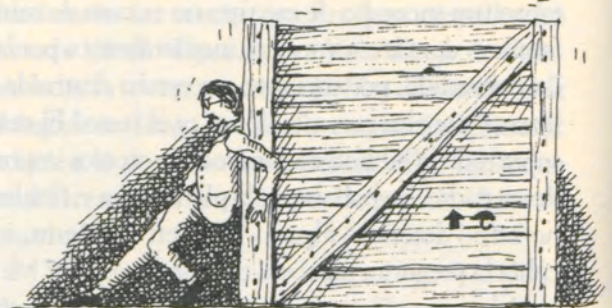
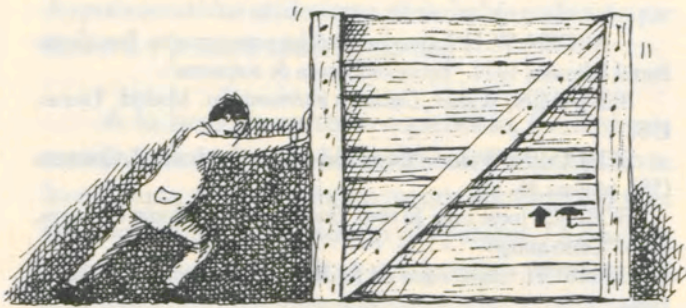


Desembalando

mi biblioteca

WALTER BENJAMIN



WALTER BENJAMIN:
(1892 - 1940)

Cincuenta años después de su muerte, las reflexiones de Benjamin siguen siendo fundamentales, necesarias. Sólo esperamos que a *Dirección Única*, *El drama barroco Alemán*, *Poesía y Capitalismo*, *Imaginación y Sociedad*, *Angelus Novus*, por citar apenas algunas de sus obras, se añada pronto la traducción a nuestro idioma de *El libro de los pasajes*, su trabajo más ambicioso.

Sí, desembalo mi biblioteca. Aún no está en las estanterías, aún no la envuelve el tedio tapizado del orden. Tampoco puedo, todavía, recorrer sus estanterías pasándoles revista ante un auditorio complaciente. No teman nada de eso. Sólo puedo rogarles que me acompañen al desorden de cajas recién desclavadas, la atmósfera en la que flota un polvillo de madera, el suelo cubierto de papeles rotos, entre pilas de volúmenes recién vueltos a la luz del día, tras dos años de tinieblas, para así compartir en parte no ya la melancolía sino la tensión que los libros despiertan en el alma de un verdadero coleccionista. Pues es un coleccionista quien les habla, y a fin de cuentas no habla más que de sí mismo. ¿No sería quizá demasiado pretencioso reclamar una apariencia de objetividad e imparcialidad para detallarles las obras maestras o las principales secciones de una biblioteca, contarles su historia, por no decir su utilidad para el escritor? En lo que a mí concierne, me propongo, en las líneas que siguen, algo más evidente,

más palpable: lo que me interesa es mostrarles la relación de un coleccionista con el conjunto de sus objetos: lo que puede ser la actividad de coleccionar, más que la colección misma. Que para ello considere las diferentes maneras de colocar los libros, no deja de ser arbitrario. Este orden, como cualquier otro, no es más que un dique contra la marea de recuerdos que, en continuo oleaje, se abate sobre cualquier coleccionista que se abandone a sus gustos. Si es cierto que toda pasión linda con el caos, la del coleccionista roza el caos de los recuerdos. Diré más: el desorden ya habitual de estos libros dispersos subraya la presencia del azar y el destino, haciendo revivir los colores del pasado. Pues una colección, ¿qué es sino un desorden tan familiar que adquiere así la apariencia del orden?

Vdes. deben haber oído hablar de personas enfermas por haber perdido sus libros, o de otras que llegaron al crimen para conseguirlos. A este respecto, precisa-

ción, queda fijado de este modo. Cualquier recuerdo, cualquier pensamiento, cualquier reflexión pasa a ser a partir de ahora el pedestal, la base, el marco, la señal de la apropiación del objeto. Para un auténtico coleccionista, las diferentes procedencias de cada una de sus adquisiciones —siglos, territorios, cuerpos profesionales, propietarios anteriores— se funden todas en una enciclopedia maravillosa que teje su destino. Desde este particular punto de vista, es posible adivinar en los grandes fisonomistas —y los coleccionistas son los fisonomistas del mundo de los objetos— características de descifradores del destino. Basta observar a un coleccionista cuando manipula los objetos de su vitrina. Apenas los tiene en sus manos, su mirada los trasciende y mira más allá de ellos. Esto por lo que se refiere al aspecto mágico del coleccionista, podríamos decir su carácter de anciano. *Habent sua, fata libelli*: esta máxima debió concebirse como una generalidad sobre los libros. Los libros, por ejemplo *La Divina Comedia*, o la *Ética* de Spinoza, o *El*



mente, cualquier orden está al borde del abismo. “La única ciencia exacta —ha dicho Anatole France (*Le jardin d’Epicure*, 1895)— es la de conocer el año de publicación y el formato del libro”. En efecto, el remedio al desorden de una biblioteca es el rigor de su catálogo.

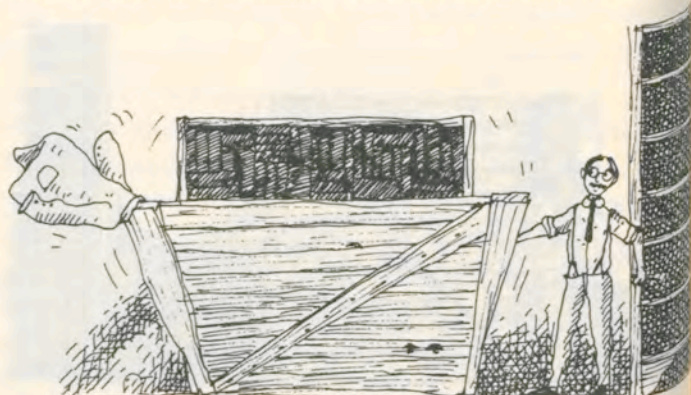
La existencia del coleccionista, así pues, oscila dialécticamente entre los polos del orden y el desorden.

Y también se encuentra, naturalmente, vinculada a bastantes otras cosas más. Tiene una relación muy enigmática con la posesión, sobre la que volveremos. Es más: tiene una relación con los objetos que no pone de relieve su valor funcional —su utilidad—, ni su destino práctico, sino que los considera y los valora como la escena, el teatro de su destino. El coleccionista se extasía, y en ello se encuentra su mayor placer, rodeando con un círculo mágico al objeto que, aún marcado por el estrechamiento que acompañó el momento de su adquisi-

origen de las especies, tienen su propio destino. Pero el coleccionista interpreta de otro modo este proverbio latino. Para él, no son tanto los libros como sus ejemplares quienes tienen un destino. Y considera que el destino esencial de cada ejemplar se realiza sólo cuando le encuentra a él y a su propia colección. No exagero: para el coleccionista auténtico, adquirir un libro significa hacerlo renacer. De este modo, reúne en sí al niño y al viejo. Pues los niños pueden recrear la existencia a su gusto, de múltiples maneras y sin embarazo alguno. Para ellos, coleccionar es sólo una manera de recrear entre otros, como pintar, recortar, o calcar, y así hasta completar la gama infantil de modos de apropiación, de la aprehensión de los objetos hasta que son etiquetados. En el deseo del coleccionista por la novedad, el impulso más profundo que le mueve es el de revivir el pasado: el amor por los viejos libros orienta al coleccionista seguramente más que el gusto por las reimpresiones propio del bibliófilo. De qué modo los libros cruzan el umbral

de una colección, de qué modo se convierten en propiedad de un coleccionista, a ésto se resume la historia de su adquisición.

De todos los modos de procurarse libros, el más glorioso es escribirlos uno mismo. Más de uno de Vdes. recordará con agrado la gran biblioteca que el pobre maestrilo de escuela de Jean Paul, Wuz, logró reunir con el tiempo escribiendo para sí, ya que no podía comprarlas, todas aquellas obras cuyo título en los catálogos le interesaba. A decir verdad, los escritores son personas que escriben impulsados no ya por la carencia sino por la insatisfacción de los libros que puede comprar pero que no les gustan. Seguramente ustedes, señoras y señores, dirán que esta es una definición exagerada de los escritores; pero todo lo que se dice desde el punto de vista de un verdadero coleccionista es una exageración. De entre los modos de adquisición habituales, el más apropiado sería, para él, el préstamo indefinido. El deudor de altos vuelos,



tal como lo imaginamos, demuestra ser un coleccionista a toda prueba, no sólo por el ardor con que defiende el tesoro de sus préstamos acumulados haciendo oídos sordos a todos los rutinarios requerimientos de la administración, sino también y sobre todo porque no lee. De creer en mi experiencia, que semejante personaje devuelve un libro prestado es posible alguna vez, pero que lo haya leído, ¡nunca! Así pues —me preguntarán vdes.— ¿lo propio del coleccionista es no leer libros? ¡Lo nunca visto! Pues bien, no. Los expertos podrán confirmarles que es lo más habitual, y basta recordar a este efecto la respuesta que Anatole France, de nuevo, tenía preparada para, los beocios que, tras admirar su biblioteca, formulaban la inevitable pregunta:

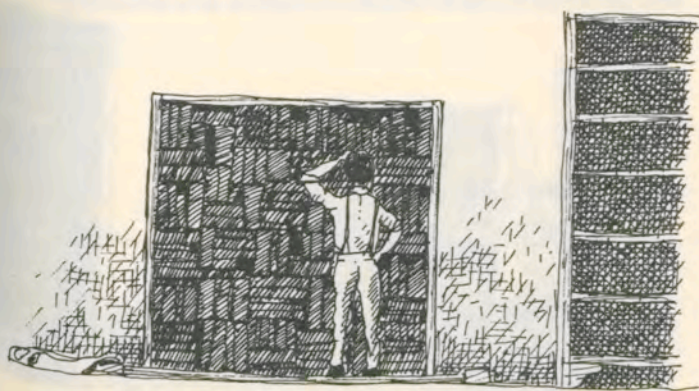
“—¿Y ha leído vd. todo esto, sr. France?

—Ni la décima parte ¿Acaso come vd. todos los días en su vajilla de Sevres?”.

de libros: su compra. Ancho camino, ciertamente, pero no por ello menos tortuoso. Las compras de un coleccionista de libros no se parecen en nada a las que hace un estudiante para hacerse con uno de los manuales del curso, un mundano para regalar a su mujer, un viajante de comercio para matar el tiempo en su próximo desplazamiento, compras hechas en una librería. Mis más memorables compras, las he efectuado estando de viaje, de pasada. Bienes y propiedades se deben a la táctica. Los coleccionistas son hombres de instinto táctico: cuando están a la conquista de una ciudad, el más pequeño librero de viejo cobra para ellos dimensiones de fortaleza a asaltar, la más remota papelería deviene posición clave. ¡Cuántas ciudades me revelaron sus secretos durante mis expediciones a la conquista de sus libros!

Sin embargo, puede darse por seguro que sólo una parte de las grandes adquisiciones se efectúa mediante

visita a librerías. Los catálogos ocupan un lugar mucho más importante. Por bien que el comprador conozca un libro encargado basándose en el catálogo, el ejemplar siempre será una sorpresa: todo encargo comporta una parte de azar. Así, junto con algunas amargas decepciones, se disfruta de los placeres del hallazgo. Recuerdo que en una ocasión encargué, para enriquecer mi vieja colección de libros infantiles, una obra ilustrada a todo color, sólo porque contenía cuentos de Albert Ludwig Grimm, y había sido publicado en Grimma, Turingia. Ahora bien, este mismo Albert Ludwig Grimm había publicado en Grimma una recopilación de cuentos, que estaban incluidos en mi ejemplar, único existente, con dieciséis ilustraciones, las únicas que han quedado de los comienzos del gran ilustrador alemán Lyser, quien vivió en Hamburgo hacia mediados del siglo pasado. Por tanto, había reaccionado acertadamente a la cacofonía de los nombres. En aquella ocasión descubrí obras de Lyser entre las que una en especial —*Los cuentos de Lina*—



, desconocida hasta entonces por todas sus bibliografías, merecería extenderse más detalladamente que en esta simple mención.

Adquirir libros no es sólo un asunto de dinero, ni basta con el simple olfato. Ambos motivos no son suficientes para poder reunir una verdadera biblioteca, que siempre es algo a la vez específico e indefinible. Quien compra guiándose por un catálogo debe poseer también la capacidad de advertir el sutil sentido de las referencias: años y lugares de edición, formatos, anteriores propietarios, tipo de encuadernación, todos estos elementos le deben hablar no sólo por la árida desnudez del dato, sino por la forma en que sintonizan entre sí: gracias a la armonía y la amplitud de esta sintonía, el coleccionista sabrá si el libro en cuestión le conviene o no. Una subasta exige del coleccionista otras cualidades muy distintas. Para el que compra por catálogo, únicamente el libro, y, como mucho, el nombre del anterior

propietario, si la procedencia del ejemplar se especifica, deben retener su atención. En cambio, el que participa en una subasta, debe prestar tanta atención al libro como a la rivalidad entre pujadores, y, además, tiene que conservar la cabeza lo bastante fría para —como suele ocurrir— no dejarse arrastrar por el juego de la puja y acabar pagando caro una oferta sobrevalorada, resultado menos del placer de adquirir que del de la rivalidad. En compensación, considero como uno de los más bellos recuerdos del coleccionista el momento en que acudió al rescate de un libro en el que nunca había pensado, ni nunca había deseado comprar, hasta que, viéndolo tan expuesto y abandonado en plena venta pública, lo compró para devolverle su libertad, como un príncipe de *Las Mil y Una Noches* haría con una hermosa esclava. Pues para el coleccionista, la verdadera libertad de los libros se encuentra en las estanterías de su biblioteca.

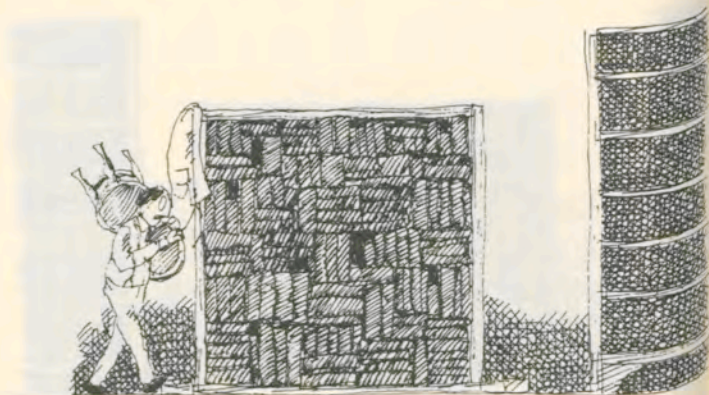
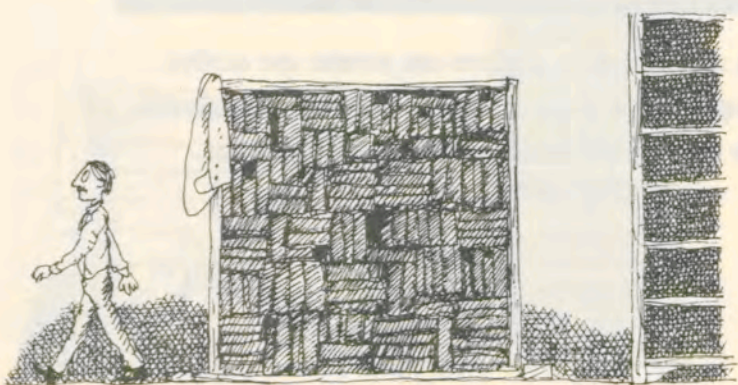
A decir verdad, los escritores son personas que escriben impulsados no ya por la carencia sino por la insatisfacción de los libros que pueden comprar pero no les gustan.

Recuerdo de la más apasionante subasta que he conocido, *Peau de chagrin* de Balzac, aún ocupa hoy un lugar de honor en mi biblioteca, entre largas hileras de obras francesas. Ocurrió en 1915, en la venta Rümman, en los locales de Emil Hirsch, uno de los mayores aficionados a los libros a la par que eminente hombre de negocios. La edición de la que hablo apareció en 1838 en París, place de la Bourse. Ahora mismo, al tomar mi ejemplar, puedo ver no sólo el número de catalogación en la colección Rümman, sino también la etiqueta de la librería en la que, hace más de 90 años, su primer propietario lo compró, por un precio ochenta veces inferior a su valor actual. *Papejería I. Flanneau*, se puede leer. Debí ser una bella época, aquella en la que se podían comprar libros tan prestigiosos —pues sus grabados fueron dibujados por el mayor artista francés y realizados por uno de los más ilustres grabadores—, la época en que aún era posible hacerse con semejante libro en una papelería. Pero quería contar la historia de

•
S
O
R
E
D
N
E
S
•

su adquisición. Acudí a la exposición en los locales de Emil Hirsch: 40 o 50 ejemplares pasaron por mis manos, pero éste, justamente éste, deseaba ardientemente quedármelo para siempre. Llegó el día de la venta. La casualidad quiso que, antes de este ejemplar de *Peau de chagrin*, se subastara la serie completa de sus ilustraciones, realizada en tirada aparte sobre papel vegetal. Los ofertantes estaban sentados alrededor de una larga mesa; no muy lejos de mí estaba el hombre sobre el que, desde el comienzo de la subasta, convergían todas las miradas: el Barón de Simolin, famoso coleccionista muniqués. Quería conseguir aquella serie, varios de sus rivales se la disputaban, no tardó en entablarse una lucha durísima, cuyo resultado fue la puja más elevada de toda la subasta: una oferta que superaba los 3.000 marcos. Nadie esperaba que la suma fuera tan alta: un movimiento de agitación se produjo entre los asistentes. Emil Hirsch no le prestó atención y, fuera para ganar tiempo o por otra razón, pasó al número siguiente, en

naturaleza, que eran lo único destacable. Pujé por algunas de ellas: pero advertí que a cada una de mis intervenciones correspondía otra de un señor que, sentado en las primeras filas, parecía esperar mi oferta para hacer otra superior, hasta que la cifra subía a alturas inalcanzables. Como esta experiencia se repitió lo suficiente, abandoné cualquier esperanza de adquirir los libros que deseaba aquel día. En especial, los rarísimos *Fragmentos póstumos de un joven físico* (en dos tomos), publicados en Heidelberg en 1810 por Johan Wilhem Ritter. Esta obra no ha sido reeditada nunca, pero el prefacio en el que el editor, simulando hacer el elogio póstumo de su pretendido amigo fallecido y anónimo, que no es otro, que él mismo, narra su propia vida, siempre me ha parecido el más notable fragmento de prosa biográfica del romanticismo alemán. En el momento mismo en que se anunciaba el número de subasta de este libro, se me ocurrió un truco muy sencillo. Visto que cada una de mis ofertas atraía automáticamente la de mi adversario, bastaba con



medio del desinterés general. Anunció el precio de salida: con el corazón batiéndome, siendo perfectamente consciente de que no podría competir con ninguno de los coleccionistas allí presentes, hice una oferta ligeramente superior. Sin forzar la atención de la concurrencia, el rematador hizo todos los trámites: fórmulas rituales “¿nadie más? A la una, a las dos, a las tres”, acompañadas por tres golpes de su martillo—me pareció que una eternidad transcurrió entre ellos— y lo adjudicó. De todos modos, siendo yo entonces estudiante, la suma fue bastante elevada para mí. Pero lo que ocurrió al día siguiente en la casa de empeños ya no concierne a este relato, y prefiero hablar más bien de un episodio que considero como el negativo de una subasta. Ocurrió durante una venta en Berlín, el año pasado. Se ponían a subasta una serie de libros de muy desigual calidad y diferente temática, entre los cuales se encontraban varias obras raras de ocultismo y de filosofía de la

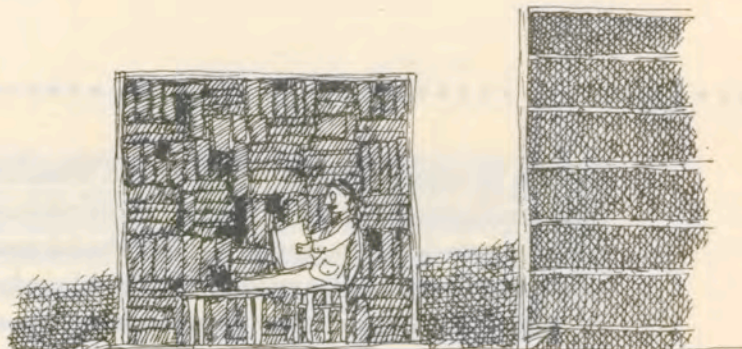
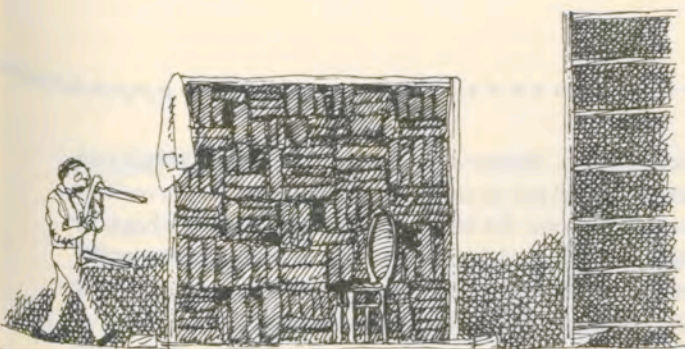
que me abstuviera totalmente de pujar por el libro. Me contuve, permanecí callado. Lo que esperaba que ocurriera fue lo que sucedió: ni rastro de interés, ninguna oferta, el libro pasó inadvertido. Me pareció sensato dejar pasar aún algunos días más. En efecto, al volver al cabo de una semana encontré el libro en el librero de viejo y la nula atención que había merecido me fue así provechosa.

Apenas se aventura uno entre el montón de cajas, cantera a cielo abierto, o, mejor dicho, cubierto, para extraer los libros de ellas, no tardan en amontonarse los recuerdos. Nada podría hacer más sensible la fascinación de este desembalaje que la dificultad para interrumpir la tarea. Empecé a desembalar a mediodía, y hacia medianoche aún no había acabado de llegar hasta las últimas cajas. Cuando llegue al fin, encontré dos gastados volúmenes con tapas de cartón, que, en rigor, no deberían

S
O
S
R
E
D
N
E
S

hallarse en una caja de libros: dos álbumes en los que mi madre, en su infancia, había pegado cromos, y que yo había heredado. En ellos está el origen de la colección de libros infantiles que aún sigue creciendo, aunque ya no lo haga en mi "jardín". No hay biblioteca viva que no acoja varias criaturas semilibrescas, procedentes de campos limítrofes con el libro. No se trata forzosamente de álbumes, herbolarios, colecciones de autógrafos, pandectas (o textos edificantes) o cosas por el estilo: a algunos les dará por coleccionar panfletos o prospectos, a otros por los facsímiles de manuscritos o por copias mecanográficas de obras inhallables, y las revistas, mucho más justificadamente, pueden ser las piedras angulares de una biblioteca. Pero, volviendo a los álbumes de mi madre, la herencia es la manera más segura de acceder a una colección: la actitud del coleccionista respecto a sus objetos se basa en el valor que otorga a éstos. Y así es, en el más completo sentido del término, la postura del heredero. El carácter hereditario de una colección será siempre su mejor título de nobleza. Esta

La medianoche quedó atrás hace tiempo y estoy ante la última caja, ya a medio vaciar. Me veo arrastrado hacia otros pensamientos. Pensamientos, no: imágenes, recuerdos. Recuerdos de ciudades en las que encontré tantas cosas: Riga, Nápoles, Munich, Dantzing, Moscú, Florencia, Basilea, París: recuerdo de los magníficos salones de Rosenthal en Munich, del Stockurm de Dantzing, en el que se hospedaba el difunto Hans Raue, el sótano con libros, de olor a moho, de Sussengut en Berlín-N; recuerdo de las habitaciones, que dieron cobijo a estos libros, mi habitación de estudiante en Munich, la de Berna, la soledad del bosque de Iselt al borde del lago de Brienz, y, en fin, mi habitación infantil, de la que no quedan más de cuatro o cinco volúmenes entre los miles que me rodean. ¡Felicidad del coleccionista, felicidad del hombre en su mundo particular! Aquel que, bajo una máscara a lo Spitzweg, pudo proseguir su existencia desacreditada, nunca se encontró más a gusto que allí donde menos se esperaba



concepción de lo imaginario del coleccionista —lo percibo nítidamente, pueden estar seguros— les confirmará a muchos de ustedes en la convicción de que se trata de una pasión vetusta, acentuando su desconfianza respecto al coleccionista. Nada más lejos de mi intención que perturbar sus convicciones ni su desconfianza. Simplemente, hay que tener en cuenta este hecho: privada de su coleccionista la colección pierde su sentido. Si, desde un punto de vista social, las colecciones públicas son menos chocantes que las privadas, y, desde un punto de vista científico, más útiles, sólo las segundas rinden plena justicia a los objetos. Soy consciente, por lo demás, de que, como tipo humano, el coleccionista del que estoy hablando y que he descrito para ustedes *ex officio*, se extingue, está en vías de desaparición. Pero, como dice Hegel: la lechuza de Minerva sólo levanta el vuelo a la caída de la noche. Sólo al extinguirse el coleccionista es comprendido.

De todos los modos de procurarse libros, el más glorioso es escribirlos uno mismo.

encontrarlo. Pues geniecillos astutos, o al menos maliciosos, se apoderaron de él, y por su culpa el coleccionista, quiero decir el verdadero, el coleccionista como debe ser, mantiene la más profunda relación que se puede tener con los objetos: la posesión. No es que estos vivan gracias a él, es él quien vive por ellos. De este modo he levantado ante ustedes una de sus viviendas —cuyos ladrillos son los libros—, y, como es de rigor, se esfuma con ella ahora.

Traducción : J.F.

Tomado de la revista *Quimera* (edición española).

•
S
O
R
E
D
N
E
S
•